

América Latina ante el derrumbe de la globalización y la derecha política*

Eduardo Gudynas**

Resumen

Se examinan aspectos destacados recientes, por un lado, en el escenario internacional y, por el otro, en América Latina. Se analizan contenidos y posiciones de la administración Trump, con especial atención a su estrategia de seguridad y su nueva versión de la doctrina Monroe para América Latina. Esto, junto a otros cambios internacionales relevantes, desembocan en el final del anterior orden global basado en propósitos comerciales e ideales liberales, y en una diseminación de políticas de extrema derecha. Se repasan cambios recientes en la política latinoamericana, donde también se registró un viraje hacia la extrema derecha. En el nuevo contexto se predice una intensificación de la presión extractivista sobre América Latina, mientras se debilitan las salvaguardas y frenos para enfrentarlas, tanto a nivel internacional como dentro de los países. Se prioriza mantener las economías mientras se tolera la muerte de personas y la destrucción de la Naturaleza.

Introducción

Un acontecimiento de hace pocas semanas atrás dejó en claro los extremos a los que se ha llegado en la impunidad en las acciones, la disolución de los significados de las palabras y la demolición de la dignidad. En un evento celebrado en Washington, un presidente que ordena bombardeos, que militariza sus propias ciudades y que entiende que asesinar y descuartizar son “cosas que pasan”, recibe un premio por la paz a cargo de una federación internacional que carece de cualquier antecedente en lidiar con esa problemática, ya que se dedica al fútbol.

* El presente artículo refleja resultados de los seguimientos y reflexiones realizados en el Observatorio Latino Americano de la Globalización, una iniciativa conjunta de CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social), CEDIB (Centro de Documentación e Información Bolivia) y OLCA (Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales); más informaciones en <https://globalizacion.org>

** Investigador en el Centro de Documentación e Información Bolivia (CEDIB) y el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES); investigador asociado en el Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales (OLCA).

Eso ocurrió el pasado 5 de diciembre 2025, cuando Donald Trump, presidente de Estados Unidos recibió el premio de la “paz mundial”, otorgado por la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociación), de manos del italiano Gianni Infantino (Inside Fifa 2025). Un reconocimiento que ignoró que la administración Trump atacó veinticinco botes y asesinó por lo menos a noventa y cinco de sus tripulantes en aguas del mar Caribe, amenazaba con invadir Venezuela,¹ y que para expulsar violentamente a los migrantes despliega fuerzas policiales enmascaradas. Un Trump que unos días antes, cuando una periodista le preguntó en la Casa Blanca sobre su animado encuentro con el príncipe Mohamed Bin Salmán de Arabia Saudita –quien fue señalado como el responsable de dar la orden para matar y descuartizar a un periodista–, respondió que “esas eran cosas que pasaban” (Vidal Liy 2025).

Así como el presidente norteamericano está lejos de los entendidos de la paz, la FIFA es una federación internacional enfocada en el fútbol que no tiene ni competencia ni antecedentes para evaluar quiénes contribuyen o no a la pacificación, y que carga con una historia de repetidas corrupciones.

Unos y otros se encontraron durante el sorteo del Mundial de Fútbol masculino 2026, en el Kennedy Center para las Artes, una institución que Trump intervino en el pasado febrero, echando a sus autoridades y nombrándose a sí mismo como presidente de su consejo de administración (Higgins 2025).

Para hacer la escena aún más extraña, en ese sorteo estaban presentes la presidenta de México, Claudia Sheinbaum, y el primer ministro de Canadá, Mark Carney, quienes a lo largo del año fueron blanco de sus críticas, burlas, amenazas o ironías, aplicándoles aranceles que luego modificaba una y otra vez.

Estos hechos ilustran las actuales circunstancias, tanto en sus símbolos como en sus contenidos. Siguiendo ese talante, han acelerado y acentuado cambios sustanciales en las condiciones globales, lo que tiene múltiples efectos sobre América Latina. Un orden global que vinculaba el comercio con ideales liberales finalmente quedó atrás, y estamos entrando en uno nuevo. Esto se precipitó a inicios del 2025 con la toma de posesión de Donald Trump en la presidencia de Estados Unidos, aplicando un abanico de medidas con fuertes repercusiones. Se concretó al finalizar ese año con la presentación de la nueva estrategia de seguridad nacional

1 Nota de los editores. Cuando se estaba cerrando la edición del número 126 de *Ecuador Debate*, el gobierno de Estados Unidos decidió realizar una efectiva invasión del territorio soberano de Venezuela. Durante la madrugada del 3 de enero de 2026 desplegó una serie de bombardeos contra instalaciones militares del país sudamericano; al mismo tiempo, capturó al presidente Nicolás Maduro y a su esposa Cilia Flores. Las consecuencias de esta intervención son aún tan inquietantes como insondables.

estadounidense. Esos cambios se articularon con el persistente giro hacia la extrema derecha en nuestro continente, siendo funcionales unos con otros. Estos aspectos se abordan en el presente análisis de coyuntura.

El vendaval trumpista

La presidencia de Donald Trump es un factor clave en la situación actual. Es frecuente que toda la atención se enfoque en el presidente, en el personaje, con sus discursos que incluyen burlas, mentiras o las repetidas contradicciones en sus acciones. En esos abordajes superficiales parece que el resto de los integrantes de su gobierno y sus legisladores serían algo así como ciegos seguidores, que obedecen a los caprichos del personaje presidencial, carente de ideas elaboradas. Ese es un análisis equivocado.

En realidad, Trump como individuo es parte de un conjunto de actores políticos y empresariales desde donde se generan las bases conceptuales que alimentan una postura política que, a su vez, tiene un apoyo electoral importante. En ese conglomerado se producen y reproducen ideas que, más allá de su heterogeneidad, tienen cierta unidad e identidad colectiva.

Se pueden señalar tres tipos de participantes en ese movimiento (Gudynas 2025): los primeros son políticos y tecnócratas que cuentan con experiencia en la gestión estatal y formación académica, incluso de alto nivel; el segundo tipo corresponde a empresarios, incluyendo millonarios y billonarios –en especial de sectores de tecnología e información– con sus propias ideas; finalmente, un tercer conjunto descansa en ejecutores y seguidores de esas ideas, algunos de ellos fieles sirvientes de Trump, quienes repetidamente lo celebran.

En el primer grupo la figura clave es Russell Vought, director de la Oficina de Administración y Presupuesto de la Casa Blanca, desde donde se organiza buena parte del funcionamiento gubernamental. Es doctor en jurisprudencia por la Universidad George Washington, trabajó en The Center for Renewing America, una ONG creada y financiada por ese mismo movimiento político para proveer ideas y planes para un gobierno Trump.

Entre los empresarios el ejemplo más conspicuo es Elon Musk, con sus ideas extremas y su desordenada gestión para reducir el gasto público. Pero otros magnates también apoyan al trumpismo –por ejemplo, financiando eventos y acciones– e incluso algunos están dentro del gobierno –como el secretario del Tesoro, Scott Bessent, con una fortuna de al menos 521 millones de dólares– (Ma 2025). Son quienes aportan ideas económicas de inspiración neoliberal, buscando desmontar

regulaciones estatales, asociadas a una soberbia tecnocrática por la cual se ven como una élite que puede dirigir al país.

Los ejecutores, el tercer grupo, son quienes aplican medidas, defienden y promueven al gobierno. Los más conocidos son el secretario de Defensa, Pete Hegseth, un militar retirado que por años se dedicó a ser comentarista televisivo, o Pamela Bondi, la fiscal general, quien fue una de las abogadas de Trump. Se caracterizan por su limitada formación o experiencia en los cargos que ocupan y por una intensa fe en el movimiento que hace que actúen como agresivos fanáticos.

Este grupo descansa en un conjunto de ideas y sensibilidades, tales como coincidir en entender que Estados Unidos está en peligro, bajo un ataque en un frente cultural –como el expresado en el reconocimiento de nuevos derechos o el respeto a las minorías– y también poblacional –debido al ingreso de migrantes–. Su respuesta es el llamado constitucionalismo radical, como argumenta Vought, que se basa en una aplicación de la Constitución tal como era entendida en el siglo XVIII (Vought 2022).

Se desemboca así en un presidencialismo extremo. Los derechos de las personas no se ven rechazados, sino que una vez que se vota la mayoría se los transfieren al vencedor. Por lo tanto, el presidente representaría a todo el pueblo y este queda por encima de los poderes legislativos y judiciales. No se aceptan los controles cruzados, y se actúa para anularlos o incumplirlos. Batallan por una transformación que también es cultural, aunque está teñida por el resentimiento, como es especialmente evidente en los discursos del vicepresidente J.D. Vance. Defienden un tipo de nacionalismo que implica abandonar compromisos internacionales, y resisten las obligaciones multilaterales que consideran como restricciones impuestas desde el exterior (Vance 2020).

Esas ideas, en el plano político, se manifiestan en una derecha radical encaminada hacia el autoritarismo. Combate, hostigan y debilitan los controles democráticos, pero también a las organizaciones e incluso a los individuos que puedan cuestionar la gestión presidencial, como tempranamente advirtieron Levitsky y Way (2025). Es un régimen que ha sido calificado como iliberal, posliberal o de autoritarismo competitivo; más allá de los términos, esto implica que se mantienen algunos formalismos democráticos en la tradición liberal, pero en realidad se institucionalizan y actúan antidemocráticamente (Waller 2025).

Como puede verse, esta extrema derecha resulta de diversos aportes y contiene sus propias elaboraciones conceptuales; por ello, sería incorrecto un análisis de coyuntura que interpretara que estamos lidiando con una única persona, Trump, como si fuera un error que será anulado en una próxima elección. En

realidad, ha coagulado una postura política en la que hay una mezcla de enojo, nacionalismo y radicalismo que busca implantar un autoritarismo presidencial: es un capitalismo clientelar, ya que –comenzando por la familia del presidente– se aprovechan las posiciones gubernamentales para distintos negocios; a la vez, emplea todo tipo de mentiras y exageraciones que ahora se repiten diariamente. Pero muchos ciudadanos toleran esos extremos, y este es otro aspecto notable del giro político en EE.UU.

Es necesario tener presente estos componentes, ya que varios de ellos se encuentran también en las posiciones de la extrema derecha sudamericana, como es el nacionalismo conservador de J.A. Kast en Chile, el capitalismo desregularizado que propone Javier Milei en Argentina o el creciente autoritarismo policíaco de Daniel Noboa en Ecuador.

Una nueva estrategia de seguridad

Bajo esa nueva postura política, el gobierno de Trump lanzó una serie de medidas internas y externas. Pueden ser resumidas indicando, primero, que dentro de su propio país ha desmontado mecanismos de protección social, de salud y ambiente, disminuyó el apoyo a la investigación, liberalizó sectores antes regulados –como el petrolero–, buscó condicionar a las universidades y se lanzó a la persecución de migrantes con procedimientos cada vez más violentos. En segundo lugar, hacia el mundo, prácticamente destruyó la cooperación en desarrollo internacional, criticó duramente la cultura y la política europea, desató conflictos con sus países vecinos –México y Canadá– y lanzó una exaltada sucesión de medidas comerciales, imponiendo una suba o baja de aranceles para distintos Estados, mientras que claramente buscaba un acercamiento con Rusia y se enfrentaba con China.

En ese contexto, muy esquemáticamente resumido, finalmente se presentó la nueva Estrategia de Seguridad Nacional (ESN). Su importancia no puede ser minimizada, en especial por sus implicancias para América Latina.²

La estrategia comienza haciendo una referencia general a sectores como el de la industria, energía, infraestructura o ciencia y tecnología, que, en cada caso, repite el perfil del lenguaje trumpista: se dice que debe ser el “más robusto” o el “mejor” del mundo; incluso señala que sus fuerzas armadas deben ser las “más

² National Security Strategy of the United States of America, The White House, Washington, noviembre 2025, <https://n9.cl/htzh>

poderosas, letales y tecnológicamente avanzadas”. Todo esto, a su vez, se enfoca en buscar una transformación tanto política como cultural: “deseamos restaurar y revigorizar la salud espiritual y cultural de América”.

El documento está repleto de alusiones a una disputa cultural, con referencias a “ideologías radicales”, mezcladas con invocaciones a la libertad y los derechos, aunque las hace en un lenguaje que parece de otra época: en efecto, al describir la “protección de los derechos y libertades básicas”, sostiene que el propósito del gobierno es “asegurar los derechos naturales otorgados por Dios” a los ciudadanos. Por otra parte, se menciona que no debe esperarse que EE.UU. asuma gratuitamente la defensa de otros países, y que éstos deben pagar por ella. Esto, a su vez, se condiciona a lo que el documento llama un comercio balanceado y a contar el acceso a materiales y cadenas de suministro críticos en otras regiones. Las agencias de inteligencia deberían monitorear esos recursos y los avances tecnológicos que permitan entender y mitigar cualquier vulnerabilidad o amenaza al país. Estos y otros componentes se ven justificados como indispensables para asegurar la soberanía nacional estadounidense, y el documento rechaza que puedan ser limitados por otros países u organizaciones internacionales.

A partir de esos objetivos, se enumeran distintas medidas; las primeras se enfocan en el hemisferio occidental, esto incluye a toda América Latina y Canadá. Por un lado, se desea que el “hemisferio occidental permanezca razonablemente estable y bien gobernado”, para “prevenir y desalentar” la migración en masa a EE.UU., y con gobiernos que cooperen contra “narcoterroristas” y organizaciones criminales. Por otro lado, se desea que toda la región esté libre de “extranjeros”, entendidos como agentes ajenos al hemisferio que realicen incursiones hostiles, pero también aquellos que sean propietarios de activos clave, que manejen cadenas de suministro críticas o controlen infraestructura de transporte, como son los puertos. EE.UU. deja en claro que desea contar con un acceso sostenido sobre los sitios estratégicos en el hemisferio.

La ESN plantea la defensa del propio territorio de EE.UU. y el control del resto del hemisferio, dejando en claro su rechazo a que otros países tengan acceso o potestad sobre “activos vitales estratégicos”. Esto se lograría por medio de sumar países americanos a esa postura, asociando esos objetivos de seguridad con una diplomacia comercial que incluye el uso de aranceles y un apoyo enérgico para que el sector privado estadounidense pueda hacer negocios en las Américas.

Una y otra vez se indica que el propósito es asegurar el acceso a materias primas –incluso lo que describe como minerales críticos o recursos estratégicos– y las cadenas de suministro que hacen posible ese acceso. De distintos modos, la

ESN menciona que se impedirá que otras naciones tengan el control sobre esos recursos o las infraestructuras que permiten acceder a ellos.

El corolario del gran garrote

El sentido geopolítico de la ESN es muy claro, y no se lo oculta. En su texto se califica a todo el hemisferio americano como “nuestro”, o sea, que le pertenece a Washington. Es más, se lo titula como el “corolario Trump” a la “doctrina Monroe”.

Recordemos que la doctrina Monroe, en sus sentidos usuales, refiere a rechazar intervenciones desde otros continentes y asumir que las Américas estarían bajo la influencia de Estados Unidos. En sus sentidos originales, se debe a la posición del presidente norteamericano James Monroe, en 1823, frente a la presencia de Rusia en Norte América –en ese momento, un imperio con posesiones territoriales en el continente– y al papel de otras naciones europeas. Monroe sostenía que según los “derechos e intereses” de los EE.UU., el continente americano no puede considerarse objeto de “una futura colonización por cualquier potencia europea” (Monroe 1823).

No es la primera vez que una presidencia estadounidense presenta un “corolario” a esa doctrina. En 1904, el presidente Theodore Roosevelt invocó esas ideas, aunque reforzándolas en el marco de la crisis de endeudamiento en Venezuela, que estaba bajo un bloqueo marítimo por los imperios británico y alemán, y por Italia. En su discurso al Congreso, el mandatario sostuvo que EE.UU. podría “intervenir” en los países de las Américas si éstos cometían “errores” o eran “impotentes” en mantener sus lazos con las “sociedades civilizadas” (Roosevelt 1904). Se entendía que se perdía esa condición de civilidad si ocurrían insurrecciones o incapacidad en mantener un gobierno, si había un mal manejo de la deuda externa que desembocara en una cesación de pagos con otros países u otros cataclismos sociales. Citando a la doctrina Monroe, Roosevelt entendía que en esas circunstancias, aunque a “regañadientes”, los EE.UU. debían ejercer una “fuerza como policía internacional”.

Se mantenía un doble propósito: las potencias europeas de ese tiempo debían renunciar a intervenir en las Américas, y el propio EE.UU. lo haría si era necesario. Pero se la radicalizó, ya que legitimó la práctica del “gran garrote” por la cual Washington no dejaba de intervenir directa e indirectamente en los asuntos latinoamericanos. Ciertamente lo hacía desde antes, tal como ocurrió cuando favoreció la separación de Panamá respecto de Colombia y, después del discurso, con la intervención en República Dominicana, la ocupación de Cuba en 1906

y todo tipo de acciones que se sucedieron en los años siguientes. En realidad, más que un corolario a Monroe, Roosevelt impuso algo mucho más ambicioso, proclamando a EE.UU. como el policía sobre toda América Latina mientras imponía un control de tipo imperialista (Ricard 2006).

Algunos sostienen que EE.UU. prefiere un aislacionismo, que rehuiría de intervenir en distintos sitios, tanto por sus posturas ideológicas como económicas. Pero Washington no esconde, sino que claramente redobla, su voluntad de control y poder de veto sobre lo que ocurre en el resto de la geografía americana.

Siguiendo esa posición, el nacionalismo geopolítico y el rechazo al globalismo propio del trumpismo apunta a un mundo dividido en regiones de influencia. EE.UU. controlaría las Américas y se retiraría de Europa, enfocándose en contener a China en el Asia. Lo que se desprende es una división del planeta en tres espacios geopolíticos, dejando otras áreas bajo el dominio de Rusia o de China. Como puede verse, se recupera la noción de áreas de influencia, que no es negada por intelectuales trumpistas (Cass 2025).

De todos modos, por detrás de las formalidades de los documentos oficiales del gobierno Trump siempre se encuentran los negociados. De acuerdo con la importancia que otorga la estrategia a los minerales críticos, se supo que el Departamento de Defensa otorgó un préstamo de 620 millones de dólares a una nueva empresa poco conocida, Vulcan Elements –supuestamente especializada en tierras raras–, que se sumarían a otros 550 millones aportados por privados y por incentivos gubernamentales. Eso ocurrió tres meses después de que el fondo de inversiones de uno de los hijos de Donald Trump había invertido en esa empresa. En juego estaba el mayor préstamo otorgado por la Oficina de Capitales Estratégicos del Pentágono. Antes del desembarco de Trump Junior, Vulcan Elements ya contaba con la participación de otro fondo –también en manos de trumpistas– que ya viene acumulando más de 735 millones de dólares en contratos con el gobierno (Financial Times 2025).

Del mismo modo, si bien se explican las acciones y amenazas contra Venezuela como necesarias para combatir el narcotráfico y para promover la democratización en ese país, a medida que se accede a más información queda en evidencia que el verdadero interés son sus recursos petroleros (Wong y Barnes 2025). La líder opositora María Corina Machado ya anunció que abrirá tanto el sector petrolero como los minerales a todas las empresas privadas, algo que fue música para los oídos en Washington. Entretanto, a tono con la estrategia en seguridad nacional, EE.UU. desea asegurarse el control y el acceso al petróleo y otros recursos naturales, y desplazar a las empresas de China y Rusia.

Remolinos globales

Más allá de EE.UU., hay otros cambios en marcha en el contexto internacional, algunos de ellos ocurren como reacciones a medidas del trumpismo, pero otros le son funcionales o exhiben algunos acuerdos. Se mantiene la guerra entre Ucrania y Rusia, aumentando día a día el número de muertos y heridos, con todos sus efectos en la seguridad europea y el comercio global. Los discursos belicistas se repiten en los países de la Unión Europea (UE), aceptándose que Washington deja de ser un aliado fiable. Se anuncia el aumento del presupuesto destinado a la defensa nacional, se retoma el servicio militar para los jóvenes –inicialmente voluntario, como acaba de ocurrir en Alemania y Francia–, se conocen encuentros desafiantes entre navíos, submarinos o aviones de guerra y al menos once países declaran estar listos para que sus tropas aseguren en territorio ucraniano un posible compromiso de paz con Rusia (Walker y Beaumont 2025). En varias naciones europeas, las élites políticas consideran que no están en guerra con Rusia, pero tampoco en paz (Reuters 2025).

Al mismo tiempo, en Gaza se configuró un genocidio, calificado como un crimen colectivo, bajo la total incapacidad de la comunidad internacional de evitarlo (ONU 2025). El empleo desproporcionado de las acciones militares israelíes está a tono con el espíritu del “garrote” de la ESN trumpista, mientras que, al mismo tiempo, los mecanismos multilaterales no pudieron detenerlo en ningún momento.

Entretanto, el presidente de Rusia, Vladimir Putin, en sus discursos también defiende un orden multipolar, aunque condicionado a lo que denomina como especificidades históricas y culturales del país. Eso le permite, a su juicio, jugar en ese espacio global usando las propias reglas y no las de otros; desentendiéndose, de ese modo, de mandatos o institucionalidades multilaterales.³ Aunque el encañamiento de ideas es otro, coincide con Trump en rechazar cualquier globalismo, culpa a la UE de la guerra en Ucrania y subraya el valor de sus relaciones con China, India y Corea del Norte, entre otras.

Putin emplea palabras como democracia al describir uno de los atributos de ese nuevo orden policéntrico, pero el sentido que su gobierno le da al término es distinto, ya que se rechaza su implementación bajo estilos occidentales y, en cambio, se defiende un autoritarismo como inevitable y necesario. Como advierte el

³ Véase, por ejemplo, el discurso de V. Putin en el Club de Discusión Internacional Valdai, un centro dedicado a los temas internacionales en Moscú, el 2 octubre 2025 (President of Russia 2025).

influyente Karaganov, para la sobrevivencia de Rusia “no puede ser una democracia en el sentido actual del término”, y lo justifica sosteniendo, por ejemplo, que el país es “un tipo de imperio asiático, como el chino o el indio”, de un “nivel superior”. Acepta votaciones a nivel local, pero el gobierno debe estar en manos de “una fuerte y patriótica élite meritocrática bajo un poderoso líder” (Karaganov 2025). Se justifica el autoritarismo en expresiones de lo más brutales, pero con ideas que no disgustarían a muchos trumpistas.

Poco a poco se está elaborando un entramado conceptual que vincula esos modos políticos con una nueva perspectiva internacional. De acuerdo a los analistas del influyente Club de Discusión Internacional Valdai, en el escenario internacional actual ocurren cambios rápidos y constantes, que incluso califican de caóticos, con enfrentamientos de todos contra todos y una caída de instituciones tradicionales como las del Estado-nación (Barbashin 2025). El universalismo deja de ser válido, arrastrando con ello principios como los de justicia o derecho, y la garantía para sobrevivir en ese caos es el poder militar. En tanto, la institucionalidad multilateral se retrae, los conflictos se resolverán por la fuerza, concibiendo que la guerra ya no es una excepción. Despojada de cualquier otra consideración, la necesidad de un enfrentamiento bélico es sopesada calculando las pérdidas que implicaría frente a los resultados deseados. Su expresión más clara es lo que ocurre en Ucrania.

En el caso de China, que enfrenta una disputa comercial con EE.UU., mantiene estrechas relaciones con Rusia, y es un socio clave para América Latina. En 2024 ese intercambio creció un 6% y totalizó 518 mil millones de dólares, con exportaciones hacia China, por ejemplo, de minerales –como hierro, cobre, litio y aluminio– o alimentos –notablemente, soya–, mientras que se le compra automóviles, televisores, teléfonos y otros productos (Nan 2025). Los grandes préstamos o inversiones se han reducido, centrándose en algunos grandes proyectos –como el puerto de Chancay en Perú–, aunque el presidente Xi Jinping anunció en el encuentro China-CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) una línea de crédito de mil millones de yuanes para desarrollo y seguridad (Roy 2025).

Recientemente, el Comité Central del Partido Comunista Chino aprobó un nuevo plan quinquenal que apuesta a sostener el crecimiento económico, entendido como un medio para modernizar el país. En un cambio que no pasa desapercibido, subraya que la seguridad es una condición previa para lograr ese desarrollo, por lo cual se incluyen medidas para contar con capacidades de combate avanzadas, modernizar la gobernanza militar y mejorar capacidades estratégicas.

Una vez más, se emplean palabras conocidas, pero con contenidos disímiles: el término democracia está presente en ese plan quinquenal; de hecho, al presentarlo, el presidente Xi Jinping sostuvo que su elaboración es un “ejemplo notable de la democracia interna del Partido” y de cómo ejercer la “democracia popular” (Wang 2025). Pero se deja muy en claro que es necesario mantener y reforzar la “dirección centralizada y unificada” del Comité Central del Partido para, por ejemplo, “lograr la unidad de pensamiento, voluntad y acción”. Los contenidos son muy diferentes a los que habitualmente comprendía esa palabra: están más cercanos al conjunto de justificaciones autoritarias que se repiten en el mundo.

Las circunstancias que muy brevemente se acaban de repasar muestran que la institucionalidad de la globalización, tal como se la concebía décadas atrás, se ha roto. Las disputas comerciales entre EE.UU. con varios países, las sanciones sobre Rusia y la red de intercambios que ese país estableció para esquivarlas –en especial con China e India– implican que la Organización Mundial de Comercio está golpeada de muerte. Los espacios de coordinación se están deteriorando. En el último encuentro del G-20 en Johannesburgo, el pasado diciembre de 2025, ni siquiera estuvo presente EE.UU. Los compromisos multilaterales se incumplen, cada nación sigue sus propios intereses. Esto se ilustra con la última cumbre de negociación sobre el cambio climático, la COP-30 celebrada en Belém (Brasil). Aunque se intente disimularlo, el evento fue un fracaso y no se lograron acuerdos para medidas efectivas que realmente detengan el calentamiento global. No es menos grave que el sistema de Naciones Unidas resulte incapaz de impedir conflictos embebidos en una violencia terrible en distintas regiones –como ocurre en Gaza, Sudán, Siria, Yemen o Congo–.

Resonancias y disonancias latinoamericanas

Los giros políticos –en especial, los que alimentan o justifican una deriva autoritaria–, así como los desarreglos globales, tienen múltiples efectos en América Latina. Al mismo tiempo, en la región están en marcha cambios que a su vez pueden ser funcionales, reactivos o defensivos ante esos nuevos escenarios.

Atendiendo a esa mirada, se pueden señalar algunos hechos clave a partir de abordar el calendario electoral de 2025 (véase Cuadro 1). El año comenzó con el retorno del progresismo a la presidencia de Uruguay. En ese momento se sumaba una nación más a un conjunto que también agrupaba a Brasil –con la presidencia de Lula da Silva–, Colombia –Gustavo Petro–, Bolivia –Luis Arce–, Chile –Gabriel Boric–, México –Claudia Sheinbaum–, Honduras –Xiomara

Castro– y Guatemala –Bernardo Arévalo–. Aunque se autocalifican como parte de la izquierda, en Nicaragua y Venezuela continuaba el deterioro democrático y los extremos autoritarios. De todos modos, aquellos siete gobiernos progresistas eran un contrapeso importante a las administraciones conservadoras y, en especial, a las experiencias de la extrema derecha –como la de Javier Milei en Argentina–, a la vez que no se alineaban automáticamente con las primeras medidas de Trump en la Casa Blanca.

Cuadro 1. Principales eventos electorales en América Latina en 2025*

Elecciones presidenciales y legislativas		
Ecuador	9 febrero / 13 abril	Reelección de Daniel Noboa
Surinam	25 mayo	Elección de Jennifer Geerlings -Simons
Bolivia	17 agosto / 19 octubre	Elección de Rodrigo Paz
Guyana	1 septiembre	Reelección de Irfaan Ali
Honduras	30 noviembre	Elección de Nasry Asfura
Chile	16 noviembre / 14 diciembre	Elección de J.A. Kast
Legislativas		
Venezuela (general)	25 mayo	Victoria de la coalición gubernamental
Argentina (parcial)	26 octubre	Victoria de la coalición gubernamental
Consultas		
Ecuador Referéndum constitucional y consulta popular	16 noviembre	Rechazo de las propuestas presidenciales

Fuente: Malamud y Núñez Castellano 2025. Elaboración propia.

*Nota: Selección de países destacados; se indican fechas de la primera y segunda vuelta electoral donde corresponde, y el candidato triunfador.

Pero se llega al final del año bajo una situación muy distinta. Siguiendo distintos derroteros, los progresismos perdieron las elecciones en Bolivia y en Chile. La fragmentación y descoordinación fue evidente en Bolivia, donde el Movimiento al Socialismo no logró sanar sus fracturas internas. Eso se agravó, a su vez, por la tozudez del expresidente Evo Morales al intentar su candidatura y torpedear la administración de Luis Arce, aunque ya estaba muy desprestigiado en amplios sectores sociales (Molina 2025). El otro fundamento fue una crisis económica sostenida, que derivó en largos meses de problemas que afectaban a buena parte de la población –como la falta de combustibles o la configuración de

un mercado paralelo para acceder a dólares-. Esta se debió a manejos financieros deficientes, así como a la pérdida de ingresos por exportaciones, ya que se están agotando los yacimientos de gas natural.

El caso boliviano es muy relevante, porque sus problemas económicos y políticos son inseparables del agotamiento de una estrategia basada en los extractivismo petroleros. Esta es una situación similar a la que enfrentarán en el futuro inmediato otros países andinos.

En las elecciones presidenciales bolivianas finalmente triunfó Rodrigo Paz, junto con un conglomerado político conservador que, aunque incluyó algunos viejos militantes del MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria), contaba con una gran presencia de la tecnocracia empresarial (Chambi 2025). El MAS (Movimiento al Socialismo) no sólo perdió la elección, sino que se derrumbó –con apenas el 3% de los votos y solamente dos diputados-. El nuevo presidente ostenta una retórica desideologizada; se dice defensor de un “capitalismo popular” y abiertamente reconoce que desea ser aliado de la administración Trump. Su gabinete no cuenta con presencia de indígenas o campesinos, incluye muchos técnicos o dirigentes que vienen del mundo empresarial.

En Chile, en la segunda vuelta, el golpe fue más duro: triunfó José Antonio Kast, un militante pinochetista exponente de la extrema derecha, sobre la candidata de la coalición gobernante, Jeannette Jara. Además, la diferencia en la votación fue sustantiva; Kast logró el 58%, con más de siete millones de votos, mientras que Jara quedó muy por detrás, con un poco más de cinco millones, casi el 42%.

A diferencia de lo ocurrido en Bolivia, en Chile no se sufría de una crisis económica aguda, sino de una dinámica política entrampada, incapaz de resolver problemas urgentes; ya sea porque la administración Boric carecía de mayorías parlamentarias o debido a sus propios errores, giros y contradicciones. Amplios sectores progresistas comenzaron tempranamente a defraudarse con el presidente y sus asociados por el mal manejo del primer proceso constituyente en 2022, y más todavía por el segundo intento (2022-23). Afirman que tampoco cumplió sus promesas de reformas en varios asuntos, como el sistema privatizado de pensiones, la salud o la educación, y agregan que ni siquiera lo intentó de manera adecuada (Baeza 2025). Pero al mismo tiempo, desde dentro de su coalición, varios políticos convencionales le reprocharon su manejo de ciertos casos judiciales, así como el respaldar discusiones sobre temas como la decisión de la mujer de abortar o sus aproximaciones a los pueblos originarios. Su gestión fue muy tradicional, especialmente en materia económica, incluso promoviendo el extractivismo de litio en manos empresariales (Mathieu 2025). Algunos de los

síntomas de esa rara situación se expresaron en que Jara no generaba rechazo por su militancia en el Partido Comunista, sino sobre todo por haber sido ministra del gobierno Boric.

Por su parte, Kast –quien repetidamente intentó alcanzar la presidencia– se apoyó en una fortísima campaña mediática, con un discurso simplista en contra de la migración, prometiendo más severidad en la seguridad ciudadana, crítico del feminismo –negándoles a las mujeres derechos como los de abortar por propia decisión– y neoliberal en cuestiones económicas. Declarado pinochetista, afirmó que en el golpe de Estado contra Salvador Allende los militares “no usaron la fuerza para tomar el poder, sino para recuperar Chile” (Bordel 2025). Sus posiciones recuerdan a las viejas derechas latinoamericanas del siglo pasado en su defensa del tridente “Dios, patria, familia”, y al mismo tiempo se asemeja al trumpismo en reivindicar el empresariado, en pretender reducir el Estado, minimizar los roles del poder legislativo y en sentirse en una lucha cultural contra la izquierda y un supuesto caos (Gómez y Alonso 2025).

Entre los países que ya tenían gobiernos conservadores, se debe comenzar por señalar la reelección de Daniel Noboa en Ecuador sobre la candidata del correísmo, en un proceso calificado como uno de los más desiguales y opacos desde el retorno a la democracia.⁴ Los márgenes de la victoria fueron sorprendentes; pero fue aún más notable el advertir que, aunque Noboa había aplicado en el año anterior medidas potencialmente impopulares, como un aumento de impuestos al consumo y la reducción de subsidios a las gasolineras, finalmente su respaldo no se redujo sustantivamente.

En Ecuador siguió presente la diseminación de la violencia con distintos tipos de bandas criminales, muchas de ellas asociadas al narcotráfico. En muy poco tiempo, el país terminó siendo uno de los más violentos de las Américas. Las medidas gubernamentales para controlar esa situación con la policía y el ejército agravaron el problema, ya que se aplicaron detenciones arbitrarias, desapariciones forzadas e incluso asesinatos. Es un caso extremo de empleo de una “mano dura”, que en cierta medida se inspira en la gestión de seguridad y las presiones de Nayib Bukele en El Salvador. Esa violencia en las calles y desde el Estado llevó a que actores políticos ecuatorianos calificaran ese gobierno como un nuevo fascismo.⁵

Entretanto, en el Ecuador las políticas públicas se derrumbaron en varios frentes –con crisis en sectores como la salud–, mientras se otorgaban bonos como

4 Un análisis más detallado en Aguirre (2025).

5 Así lo calificaba el entonces presidente de la CONAIE, Leónidas Iza (Mella 2025).

paliativo y se invocaba la problemática de la seguridad como excusa para una gestión económica cada vez más conservadora. Se mantuvieron distintos frentes de resistencia ciudadana, con el destacado ejemplo de un paro indígena iniciado a fines de octubre, que transcurrió por un mes y que fue duramente reprimido (Ospina 2025).

A pesar de esto, Noboa redobló sus apuestas y convocó a una consulta ciudadana con varias preguntas, tales como autorizar la instalación de bases militares extranjeras –una medida perfectamente alineada con las aspiraciones de la administración Trump– o convocar a un nuevo proceso constituyente, esperando liberarse de exigencias y controles que le imponía la actual Constitución –aprobada en 2008–. Todo indicaba que el presidente esperaba así desmontar condicionantes sociales y ambientales, acentuando el sesgo empresarial y represivo. En la consulta ciudadana, por clara mayoría, la ciudadanía rechazó todas las preguntas planteadas por Noboa, infligiéndole una dura derrota (Millan 2025).

De este modo, al finalizar el 2025 se registran alineamientos muy distintos a los observados al inicio del año. Los progresismos retrocedieron, las izquierdas están aún más marginalizadas y se sumaron nuevos gobiernos de derecha o derecha extrema. Están o estarán presentes en once países: Argentina, Bolivia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, Panamá, Paraguay, Perú y República Dominicana; se sumará Chile en marzo de 2026.

Hay apoyos mutuos entre ellos –y, a la vez, con el trumpismo– que van desde servir como carceleros a los deportados –como hace Bukele–, buscar la aprobación de instalar bases militares –como intentó Noboa–, los aplausos de Milei a los dichos de Trump o la búsqueda de una alineación del boliviano Paz.

Esas manifestaciones están, al mismo tiempo, enmarcadas en un deterioro de la calidad de la política que se refleja en varios aspectos. Entre ellos se observa la ineficacia en las políticas públicas, la creciente violencia, la persistencia en la corrupción, la penetración de la criminalidad –como la del narcotráfico o de la minería ilegal– o la cooptación por intereses empresariales. Los debates políticos se han empobrecido, las diferencias entre las ideas convencionales de “derecha” e “izquierda” se desvanecen, con ataques y burlas personales que desplazan sopesar ideas, mientras las noticias falsas obscurecen las evidencias. Estas problemáticas son conocidas, pero ahora se han agravado en casi todos los países.

Un caso extremo de ese deterioro se encuentra en Perú. El pasado 10 de octubre se destituyó a la presidenta Dina Boluarte como resultado de una crisis política, que a su vez fue precedida por otras que se repiten por lo menos desde 2018. En esta etapa la presidenta era funcional a un congreso muy degradado, el cual

aprobó leyes que recortaron el marco de derechos –como amnistías para militares y policías procesados por violar los derechos humanos o como la prescripción de delitos de lesa humanidad–, otras que estaban orientadas a blindarse a sí mismo y otras a favorecer intereses empresariales, como la creación de zonas económicas especiales privadas (ZEEP) o la protección otorgada a la minería ilegal y otras actividades criminales (Ballón 2025). Entretanto, Boluarte fue a su vez un ejemplo de la falta de capacidad para el cargo, así como de una transmutación desde la izquierda convencional hacia el progresismo y, desde allí, hacia la derecha clientelar, sin nunca sentir vergüenza. El resultado fue una abrumadora desaprobación ciudadana del congreso y la presidencia: por ejemplo, desde hace un año el Legislativo padece de rechazos en el nivel del 90% en las encuestas nacionales (IEP 2025). La ciudadanía sigue con su vida como si esos actores e institucionalidad política no existieran, o despreciándolos, aunque padecen sus decisiones.

Esta dinámica que tiene muchos años en Perú asoma en otros países, especialmente en Ecuador y Bolivia. En esos y otros casos se normaliza la ineficiencia de la política, la presencia de la corrupción e incluso la resignación ante la violencia. Esa tendencia tuvo un fuerte empuje en la pasada pandemia por coronavirus, pero actualmente sigue ampliándose por el giro hacia la derecha en otros países. Los desarreglos globales contribuyen a ello, ya que para muchos el trumpismo es un estilo a imitar, mientras que al mismo tiempo impone condiciones que hacen más difíciles las alternativas. Es un deterioro en marcha –como se explora en un artículo previo (Gudynas 2023)– que puede describirse como una condición necropolítica: la aceptación de la muerte, tanto de las personas como de la Naturaleza, para mantener vivas las economías.

Más presiones externas, mayor debilidad interna

El breve recorrido sobre la situación internacional y las circunstancias latinoamericanas permite señalar algunas tensiones y urgencias. Es indispensable dejar en claro que América Latina es nuevamente una región de disputa por actores externos que pretenden acceder y controlar sus recursos naturales; un rol que también es apoyado por actores locales. En su esencia, nada de esto es nuevo, sino que repite dinámicas de subordinación conocidas desde hace décadas. Sin embargo, la problemática es ahora mucho más grave y riesgosa porque los volúmenes extraídos son cada vez mayores, tienen una cobertura espacial más amplia, se suman nuevos recursos –como el litio y las tierras raras– y sus impactos sociales y ambientales son más dañinos.

En esa condición se instala la postura de EE.UU. de colocar a toda América Latina bajo su área de influencia. No lo oculta ni lo disimula, incluso ostenta abiertamente amenazas de aplicar su “garrote” militar. Busca controlar los recursos latinoamericanos como las vías de acceso y comercialización.

Sin embargo, en América Latina operan también otros países –y sus empresas– igualmente interesados en sus recursos naturales. China requiere materias primas de esta región, ya que algunas son necesarias para sus industrias y otras son fundamentales para su seguridad alimentaria; al mismo tiempo, es un apetitoso mercado de destino para sus manufacturas. Pekín ha desplazado a EE.UU. como principal contraparte comercial en América del Sur. También están presentes intereses europeos, que comparten con los otros dos actores su interés por acceder a minerales críticos.

Por lo tanto, América Latina está encuadrada bajo esas presiones e intereses; pero al mismo tiempo ese marco global está en rápida transformación. Recordemos que, en las últimas décadas, bajo la globalización convencional la inserción internacional latinoamericana transcurrió sobre todo por medio de acuerdos comerciales, muchos de ellos en el formato de tratados de libre comercio, enmarcados en convenios de inversiones o reglas bajo la Organización Mundial de Comercio, que siempre han favorecido a los países más grandes. Ese orden global se rompió. Se acumularon muchas fracturas en los últimos años –señaladas por varios, como por ejemplo, Oppenheimer (2008)–, pero bajo la presidencia de Trump el proceso se aceleró. Se sucedieron disputas comerciales con muchos países junto con la elevación unilateral de sus aranceles; EE.UU. despreció a sus aliados europeos y a muchas otras acciones, hasta desembocar en la estrategia en seguridad nacional. Así se selló el final de la globalización que conocíamos.

Asoma un nuevo orden multipolar en el cual el planeta se divide en zonas de influencia, y Washington desea que las Américas estén bajo su tutelaje. El lenguaje de los tratados y los contratos queda relegado cuando, pongamos por caso, EE.UU. realiza acciones militares en el mar Caribe y amenaza intervenir en Venezuela. Así como Trump busca controlar las tierras raras en Ucrania, lo mismo se sospecha en relación a sus posiciones con Canadá y sus dichos sobre anexar Groenlandia (Wong 2025). En EE.UU. entienden esto no solo como una necesidad doméstica, sino como parte de la competencia con China, ya que ese país tiene en sus manos buena parte del comercio en minerales críticos. Desaparecieron las justificaciones morales y las invocaciones a los derechos y la justicia, ya que para la extrema derecha no tienen sentido.

Los actuales líderes del mundo multipolar que está asomando en Washington, Moscú o Pekín no comulgan con los ideales de la democracia ni les interesa

la solidaridad internacional. El viejo multilateralismo para abordar asuntos como la coordinación financiera o atacar el cambio climático se vuelve casi imposible. En cambio, esos gobiernos presionan por convenios que sirvan a sus intereses, aplican distintas extorsiones comerciales y, si es necesario, amenazan desde posiciones de fuerza. Bajo esas condiciones no operan las regulaciones internacionales que podrían detener o aminorar las presiones extractivistas sobre América Latina, ya que prevalecerá la fuerza o el dinero. Pero al mismo tiempo, las salvaguardas y frenos internos dentro de los países latinoamericanos también se han deteriorado, y eso empeorará todavía más bajo la diseminación de la extrema derecha.

No funcionan adecuadamente los controles, exigencias y sanciones que eviten la expropiación de territorios y comunidades. Los mecanismos e instituciones para denunciar incumplimientos, corrupción o violencias también están afectados. Se incumplen mandatos –como hace la administración Noboa respecto a abandonar la explotación petrolera en el área del parque nacional Yasuní, tal como le obliga una consulta ciudadana–. Los gobiernos de la derecha radical en Argentina, Ecuador y Bolivia incluso anularon sus ministerios del ambiente. La impunidad con las corporaciones extranjeras se multiplica. Se refuerzan los rechazos a cualquier intervención en los mercados y al mismo tiempo se lanzan cruzadas contra organizaciones y militantes ciudadanos; incluso se aprobaron normas que limitan seriamente a la sociedad civil en Perú y Ecuador. Todos esos deterioros se repiten y se acumulan, pero de todos modos no logran desencadenar reacciones políticas que efectivamente afecten a un gobierno. Se reproduce la resignación de la necropolítica.

Las variedades criollas de la extrema derecha se apoyan y legitiman en el trumpismo, y en ocasiones desde Washington se les respalda, tal como ocurrió con la declaración sobre un posible apoyo financiero a Argentina poco antes de las elecciones legislativas de medio término.

Es cierto que hay expresiones que buscan asegurar cierta independencia. Por ejemplo, los presidentes de Brasil y de Colombia han resistido algunos de los embates recientes de Washington, pero no han recibido el apoyo de las naciones vecinas. La nueva presidenta de México intenta un abordaje pragmático, pero bajo una enorme presión está considerando aumentar sus aranceles a algunos productos chinos, claudicando así a algunas de las demandas de EE.UU.

Los países de América Latina no cuentan con muchos recursos para plantarse frente a esas presiones globales. En las épocas de bonanza, los progresismos no lograron construir otro tipo de articulación comercial o una integración regional que redujera sus dependencias de los mercados y capitales de otras regiones.

Nunca se concretó un liderazgo de Brasil en ese sentido, y aún hoy el presidente Lula está más preocupado en finalmente firmar un acuerdo de libre comercio con la UE. Ese es un tipo de vínculo comercial asimétrico que una vez más descansa en exportar materias primas y que ya ha tenido consecuencias negativas en la industrialización de su país.

La ruptura global incluye quiebres políticos

La ruptura del orden global tiene componentes políticos muy relevantes. El ideal de la globalización siempre tuvo una cara comercial y otra liberal que le otorgaba legitimidad. Entre esos componentes se encontraban las nociones de democracia con elecciones regulares bajo regímenes de competencia electoral libres, o la ampliación de los derechos en el campo social y ambiental, así como los sistemas de justicia que los aseguraban. También se pretendía construir instituciones y acuerdos multilaterales que aseguraran soberanías y pudieran contener imposiciones por la fuerza.

Pero desde hace años esa pretensión democrática ha estado en entredicho en el plano global; cuestionada como una particularidad occidental que no tendría por qué repetirse en otras regiones. Con la llegada del trumpismo, el viejo balance también se quebró en esa dimensión política; la extrema derecha latinoamericana contribuye a ello y se inserta en un nuevo orden.

Por cierto que hay varias derechas, lo que debe tenerse presente, aunque no puede analizarse aquí en detalle (Mudde 2019; Kondor y Littler 2024). Más allá de eso, la pretensión democrática o la salvaguarda de derechos, incluso la noción de derecho, está en jaque por la extrema derecha occidental, como también por las posiciones ruso-asiáticas de Putin o el autodenominado socialismo chino. Se puede admitir que las expresiones latinoamericanas, como Bukele o Noboa, pueden ser distintas de aquellas otras, pero eso no puede impedir señalar que coinciden en su apetencia autoritaria, respaldada en Estados policiales o militarizados. Son regímenes que convergen en rechazar la diversidad de derechos, como los que aseguran identidades sexuales, así como la plurinacionalidad o la justicia ambiental, mientras defienden distintos tipos de autoritarismo.

Es una política que vacía al Estado. Se acepta y naturaliza que ciertas funciones que antes eran estatales pasen a ser desempeñadas por empresas u otros agentes privados. La particularidad actual es que esto no está restringido a las privatizaciones que ya se conocían en América Latina, sino a algo más profundo y diseminado. Actores con mentalidad y desempeño empresarial ocupan esos

huecos, como si los esquemas de responsabilidad y acción social empresarial se expandieran, sea como expresiones de caridad, sea reforzando una financiarización de servicios que debían ser públicos, como la salud y la educación.

El sesgo hacia la derecha es tan persistente y amenazante que algunas posiciones conservadoras en sus sentidos clásicos pasan a ser vistas como positivas; a veces se les aplaude y en algunos casos se les confunde con una nueva izquierda (una advertencia que se subraya en el reporte colectivo de Azamar Alonso et al. 2025). Esa confusión estuvo presente al evaluar el gobierno Boric en Chile, que empleaba la retórica e imágenes de la izquierda, pero en sus prácticas se corrió hacia la derecha.

En el pasado reciente, ciertamente no se cumplían aquellas promesas de una globalización respetuosa del espíritu liberal de la democracia y de los derechos. Se las manipulaba para asegurar las ventajas de los países más ricos, pero en la situación actual incluso esa posibilidad se derrumba. La hipocresía ahora quedó atrás, como advierte Ovejero (2025). Antes se invocaban valores, pero hoy en día el abandono de una justificación moral es la “inquietante novedad de Trump”, agrega Ovejero.

Esas pérdidas tienen múltiples efectos, y entre ellos están los impactos sobre la sociedad civil. El entramado internacional, en especial el que pretendía salvaguardar los derechos, brindaba legitimidad a grupos comunitarios y a militantes sociales; en ocasiones les aseguraba protección, apoyándoles en reclamar distintos tipos de justicia. Esa cobertura está desapareciendo, simultáneamente por la ruptura del componente liberal del viejo orden global, como por las reformas que imponen las derechas dentro de cada país. La sociedad civil está cada vez más desprotegida.

En el pasado, los movimientos sociales presentaban reclamos basados en derechos y justicia, lo que les daba legitimidad; denunciaban, por ejemplo, incumplimientos laborales en una empresa o un proyecto minero que arrasaría un área, dentro de su propio país, pero también llegaban a hacerlo ante organismos internacionales como las Naciones Unidas o en el sistema interamericano de derechos humanos –que había sido creado por los propios gobiernos–. Siendo realistas, podría decirse que muchas batallas se perdían, ya que buena parte de esas injusticias continuaron repitiéndose, pero era posible enfrentarlas, los conflictos eran públicos, se lograban algunas victorias, lo que no es nada menor; y eso alimentaba persistir en esa tarea. Pero esas posibilidades ahora se acotan, tanto dentro de cada país como en el campo internacional.

Aun reconociendo que las amenazas, el dinero y los fusiles siempre estuvieron presentes, la invocación de los valores –aunque fuera parte de un despliegue de

hipocresías– fue “una conquista civilizatoria”, un “pequeño resquicio moral para un derecho internacional” que, aunque minúsculo, proporcionaba esperanza (Ovejero 2025). Esas opciones se están encogiendo.

Viejos y nuevos idiomas

Los hechos se suceden más rápidamente que muchos análisis; se usan palabras desprendidas de sus significados, pero las acciones siguen teniendo efectos. Esa dinámica hace que, por momentos, se escuchen aportes o debates muy bien intencionados, pero que se expresan en un lenguaje que es propio de aquel pasado, aunque no encajan del todo con las circunstancias presentes.

A propósito de esa tensión, Branko Milanović llama la atención sobre ciertos actores, como intelectuales en organizaciones internacionales o universidades, que repetidamente invocan a la democracia, la solidaridad y otros grandes ideales (Milanović 2025). Recuerda que, sin embargo, Putin gana las elecciones en Rusia desde el 2000 y que seguramente también las ganaría si no hubiera fraude. Lo mismo se registra con otros líderes de la extrema derecha, y no puede olvidarse que también Trump, Milei o Kast fueron elegidos por sus pueblos. Estamos ante extremas derechas que están legitimadas por actos electorarios, que a su vez descansan en redefinir conceptos como el de democracia. Las palabras se desvisten de sus viejos significados manipulándolas de muy diversas maneras, ahora sin siquiera disimularlo.

Las extremas derechas triunfan en algunas elecciones a pesar de las advertencias de muchos intelectuales, de las alarmas de los líderes sociales, e incluso, en América del Sur, de la prédica de los progresismos. Los llamados a la solidaridad o la democracia son valiosos en sí mismos, pero se expresan en idiomas que ya no son entendidos por la ciudadanía como en el pasado. Esa disonancia es especialmente dolorosa para los progresismos, ya que, a pesar de estar años machacando con ideas de democracia, justicia y derechos, perdieron las elecciones para ser reemplazados por la derecha en varios países.

Los ejemplos alternativos disponibles se estrechan cada vez más. El sueño de lograr un Estado de bienestar emulando la socialdemocracia europea aparece como desencajado con la situación latinoamericana. Los experimentos propios, como los del nuevo desarrollismo, lo nacional popular, el socialismo andino o las variantes de un socialismo del siglo XXI no lograron fidelidad en la sociedad. Las izquierdas independientes tampoco concretaron renovaciones sustantivas que superaran a los progresismos.

Sin duda, las alternativas tampoco pueden quedar atrapadas en el simplismo que el rechazo al trumpismo convierta en apetecible emular las ideas políticas en Rusia o China. En un caso sería promover un régimen político autoritario, tal como aplica Putin; en el otro, plegarse al pensamiento único de un partido, también único, de un presidente siempre reelegido, tal como se enseña desde Pekín.

A partir de estas constataciones sobre la coyuntura, se puede concluir que sigue revistiendo una gran importancia examinar en detalle y caracterizar adecuadamente lo que está sucediendo tanto en América Latina como en el escenario internacional. En esa tarea es indispensable salvaguardar lenguajes que vuelvan a vincular los términos con sus significados. De ese modo se debe reconocer que somos testigos del final del proyecto comercial liberal de la globalización, tanto en sus dimensiones económicas como políticas y culturales. No siempre se advierte esto porque se analizan esas dimensiones por separado, se pone frecuentemente la atención en los efectos comerciales. Pero en realidad las dos dimensiones se determinan mutuamente, y esta es otra particularidad que reviste una enorme importancia.

En efecto, lo que ocurre es inseparable del ascenso de la derecha en Estados Unidos y en otros países; entre ellos, también dentro de América Latina. No se está lidiando con un grupo de líderes excéntricos, sino que cualquiera de ellos tiene su propia base de apoyo y cuenta con el concurso de actores relevantes como intelectuales o empresarios. Estamos lidiando con un cambio político que nos acompañará por un buen tiempo.

Esas dinámicas afectan y condicionan a América Latina y, al mismo tiempo, en sus propios países se repiten procesos también alineados con ese giro hacia la derecha política. Se refuerza todavía más la condición necropolítica, que prioriza mantener las economías funcionando, lo que en este momento anuncia una incentiación de los extractivismos y una multiplicación de sus impactos sociales y ambientales. Pero, al mismo tiempo, se naturaliza que las personas sean desechables, que la violencia persista aceptando la muerte y tolerando la destrucción de la Naturaleza.

Ante este oscuro contexto, la tarea urgente es combatir esa necropolítica con una política por la vida. Los intentos progresistas de aferrarse a gobiernos que adoptan una gestión cada vez más conservadora, atrapados en esa necropolítica, han demostrado ser inefectivos y, como acaba de ocurrir en Chile, dieron paso a que la extrema derecha ganara las elecciones. Por lo tanto, la renovación se encuentra en un giro hacia la izquierda, en el sentido de reivindicar la justicia y los derechos, pero haciéndolo de un modo en que las palabras vuelvan a estar ancladas en conceptos.

Bibliografía

- Aguirre, Milagros. 2025. “Ecuador: un frágil tablero en el que se mueven las fichas”. *Ecuador Debate*, 124: 5-11. Quito: CAAP. <https://n9.cl/yddul>
- Azamar Alonso, Rubens H. Born, Oscar Campanini, Lucio Cuenca, Eduardo Gudynas y Catalina Toro Pérez. 2025. “Observando la globalización desde América Latina más allá de lo evidente”. *DesAcuerdos Globales, Observatorio Latino Americano de la Globalización*, 3: 1-14. <https://n9.cl/ln8cd>
- Baeza, Alejandro. “Gabriel Boric: Responsable de farrear la histórica oportunidad de cambiar la constitución y de entregarle en bandeja el gobierno a la ultraderecha”. *Resumen*. 14 de diciembre. <https://n9.cl/zrswrg>
- Ballón, Eduardo. 2025. “Después de Dina. ¿Más de lo mismo?”. *Revista qué hacer*. <https://n9.cl/u9jca>
- Barbashin, Anton. 2025. “Witnesses of Chaos”. *Riddle*. 24 de noviembre. <https://n9.cl/jjpa4v>
- Bordel, Jaime. 2025. “«Pinochet votaría por mí»: ¿quién es José Antonio Kast, el nuevo presidente de Chile?”. *El Grand Continent*. 12 de diciembre. <https://n9.cl/a3yyi>
- Cass, Oren, ed. 2025. *The New Conservatives: Restoring America's Commitment to Family, Community, and Industry*. New York: Simon & Schuster.
- Chambi, Fabiola. 2025. “Rodrigo Paz y la promesa de una nueva era para Bolivia”. *Diálogo Político*. 21 octubre. <https://n9.cl/6cuj1>
- Financial Times 2025. “Donald Trump Jr-backed start-up scores \$600mn US federal government deal”. <https://n9.cl/pes96>
- Gómez, Sara y Sara Alonso. 2025. “Dios, patria y familia: los pilares ideológicos de Kast, el nuevo presidente de Chile”. *rtve*. 15 de diciembre. <https://n9.cl/anhfe2>
- Gudynas, Eduardo. 2025. “Más que un individuo: el trumpismo que alimenta el giro político en Estados Unidos”. *Galde*, 14 de octubre, 50: 25-27. <https://n9.cl/29lb3>.
- _____. 2023. “Deriva necropolítica: violencia, temor y resignación en una política moderna agotada. Una confusión recordando a Francisco “Paco” Rhon”. *Ecuador Debate*, 119: 227-249. Quito: CAAP. <https://n9.cl/0v38p>
- Higgins, Charlotte. 2025. “Trump’s weird obsession with the arts is part of the authoritarian playbook”. *The Guardian*. 20 de marzo. <https://n9.cl/170or>
- IEP, Instituto de Estudios Peruanos. 2025. IEP Informe de opinión Noviembre 2025 Encuesta telefónica a celulares a nivel nacional. <https://n9.cl/wh6jy>.
- Inside Fifa. 2025. “President Donald J. Trump awarded “FIFA Peace Prize – Football Unites the World””. <https://n9.cl/m845z>
- Karaganov, Sergei. 2025. *Russia's Living Idea-Dream: The Code of the Russian in the 21st Century*. Russia in Global Affairs. <https://n9.cl/urt5j>
- Kondor, Katherine y Mark Littler, eds. 2024. *The Routledge handbook of far-right extremism in Europe*. Routledge: Oxon.

- Levitsky, Steven y Lucan A. Way. 2025. "The Path to American Authoritarianism. What Comes After Democratic Breakdown". *Foreign Affairs* 104 (2): 36–51.
- Ma, Jason. 2025. "Trump's pick for Treasury secretary discloses assets worth at least \$521 million, including a home in the Bahamas and S&P 500 ETFs". *Fortune*. 12 de enero. <https://n9.cl/rk1ix>
- Malamud, Carlos y Rogelio Núñez Castellano. 2025. "Las elecciones latinoamericanas en 2025: nuevas y viejas dinámicas". Real Instituto Elcano, Madrid, ARI 4 / 2025.
- Mathieu, Marianne. 2025. "La serie de errores que cometió el Gobierno de Gabriel Boric que pavimentó el camino para la holgada victoria de su antiguo rival republicano". *The Clinic*. 14 de diciembre. <https://n9.cl/qnkmk>
- Mella, Carolina. 2025. "Leónidas Iza: "Hay que elegir entre González, que no es izquierda, y la derecha rayana al fascismo de Noboa"". *El País*. <https://n9.cl/grf9c>
- Millan, Alejandro. 2025. "Por qué Daniel Noboa sufrió en Ecuador un masivo revés electoral 7 meses después de ganar cómodamente su reelección". *BBC. News Mundo*. 17 de noviembre. <https://n9.cl/vnr17n>
- Milanović, Branko. 2025. "The Age of Discord: Fragmented politics and unhinged discourse". *Global Inequality and More 3.0*. 12 de septiembre. <https://n9.cl/9qsp7>
- Molina, Fernando. 2025. "La autodestrucción del MAS boliviano". *Nueva Sociedad*, 316: 4-11.
- Monroe, James. 1823. "The Monroe Doctrine". En *Seventh Annual Message to Congress, 2 de diciembre de 1823*. PDF. Organización de los Estados Americanos, Biblioteca Virtual Paz y Seguridad. <https://n9.cl/6db4e8>
- Mudde, Cas. 2019. *The far right today*. Polity, Cambridge.
- Nan, Zhong. 2025. "China-LatAm trade set to skyrocket". *China Daily*. 20 de mayo. <https://n9.cl/12xib>
- ONU, Organización de las Naciones Unidas. 2025. "Special Procedures of the UN Human Rights Council and the Question of Palestine". Página web. United Nations: The Question of Palestine. <https://n9.cl/gxm09>
- Oppenheimer, Michael F. 2008. "The end of liberal globalization". *World Policy Journal*, 24(4): 1-9.
- Ospina, Pablo. 2025. "Autoritarismo y luchas sociales en el Ecuador de Daniel Noboa". *Nueva Sociedad*. <https://n9.cl/ep2zwr>
- Ovejero, Félix. 2025. "La globalización hipócrita". *Des/Acuerdos Globales, Observatorio Latinoamericano de la Globalización*, 1: 1-4. <https://n9.cl/9566b>
- President of Russia. 2025. "Valdai Discussion Club meeting". <https://n9.cl/ecjsz>
- Reuters. 2025. "Europe 'no longer at peace' with Russia, says Germany's Merz". 29 de septiembre. <https://n9.cl/h1pgl>
- Ricard, Serge. 2006. "The Roosevelt Corollary". *Presidential Studies Quarterly* 36 (1): 17-26. <https://n9.cl/ov73z>
- Roosevelt, Theodore. 1904. *Fourth Annual Message*. En *History, Art & Archives, U.S. House of Representatives*. <https://n9.cl/lwfp>

- Roy, Diana. 2025. "China's Growing Influence in Latin America". *Council on Foreign Relations*. 6 de junio. <https://n9.cl/1k3gia>
- Vance, James David. 2020. "End the Globalization Gravy Train". *The American Mind*. 21 de marzo. <https://n9.cl/4dbzrk>
- Vidal Liy, Macarena. 2025. "Trump justifica el asesinato del periodista Jamal Khashoggi: 'Cosas que pasan'". *El País*. 18 de noviembre. <https://n9.cl/xkqvkt>
- Vought, Russell. 2022. "Renewing American Purpose". *The American Mind*. 29 de septiembre. <https://n9.cl/nsqc2>
- Walker, Shaun y Peter Beaumont . 2025. "Peace plans ready to be presented to Russia in days, says Zelensky". *The Guardian*. 16 de diciembre. <https://n9.cl/o86m1>
- Waller, Julian. G. 2025. "Postliberalism and the 2024 election". *Journal Illiberalism Studies* 5(2): 1-19.
- Wang, Shengyu. 2025. "El nuevo Plan Quinquenal de China en palabras de Xi Jinping". *El Grand Continent*. 30 de octubre. <https://n9.cl/e4bys>
- Wong, Edward. 2025. "How Trump and Biden's Focus on Minerals Became Core to U.S. Foreign Policy". *The New York Times*, 26 de febrero. <https://n9.cl/cj3lz4>
- Wong, Edward y Julian E. Barnes. 2025. "Venezuela's Oil Is a Focus of Trump's Campaign Against Maduro". *The New York Times*. <https://n9.cl/is1pp>